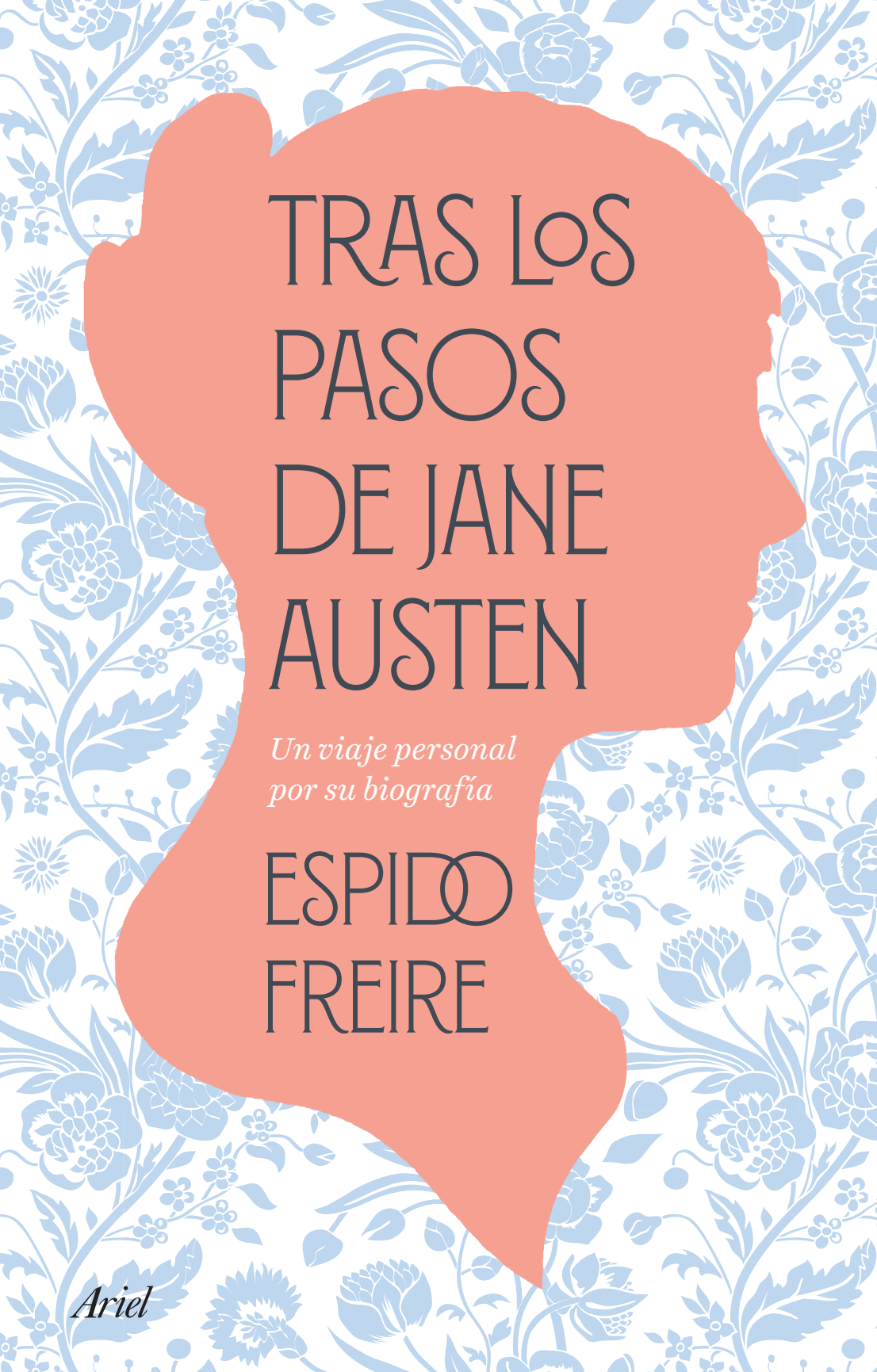




TRAS LOS PASOS DE JANE AUSTEN

*Un viaje personal
por su biografía*

ESPIDOO
FREIRE

Ariel

Espido Freire

Tras los pasos de Jane Austen

Ariel

Primera edición: febrero de 2021

Primera edición en esta presentación: abril de 2025

© Laura Espido Freire, 2025

Derechos exclusivos de edición en español:

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-344-3867-5

Depósito legal: B. 5.378-2025

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN	11
2. STEVENTON	29
Guía de Steventon	
3. OXFORD	55
4. STEVENTON DE NUEVO	83
5. KENT	115
Guía de Kent	
6. BATH	149
7. LYME REGIS	181
Guía de Lyme Regis y Londres	
8. MANYDOWN PARK	191
9. BATH DE NUEVO	209
Guía de Bath	
10. SOUTHAMPTON	243
Guía de Southampton	
11. CHAWTON	261
Guía de Londres	
Guía de Chawton	
12. WINCHESTER	303
Guía de Winchester	
13. EPÍLOGO	315
 Cronología	 319
Quién es quién en la familia de Jane Austen	325
Resumen de las obras de Jane Austen y sus argumentos	339
Jane Austen audiovisual	347
Bibliografía	359
Árbol genealógico	365



1

INTRODUCCIÓN

Jane Austen es la escritora que mejor conozco, la que he estudiado con mayor profundidad, cuya obra he leído en más ocasiones y con más calma; la siguen muy de cerca las hermanas Brontë y Shakespeare, Teresa de Ávila, Mary Shelley y Rosalía de Castro. He escrito y hablado sobre la generación de las Sin Sombrero, Virginia Woolf, Carolina Coronado, Sylvia Plath, Cervantes, sobre autores muy conocidos y otros menos populares, he convertido en una causa y una pasión personal la divulgación entre lectores, y en ocasiones entre oyentes o espectadores, de los nombres y la obra de aquellos que escribieron antes que yo y cuyas palabras no deben ser olvidadas, y me ha resultado una labor particularmente querida cuando hablaba de escritoras. Todo ello comenzó con Jane Austen.

Leí por primera vez una de sus obras, *Orgullo y prejuicio*, cuando era una adolescente. Me gustó mucho, como me atraían

en aquellos momentos las obras de factura perfecta, aquellas en las que comenzaba a vislumbrar un juego con el lector, una labor del escritor como un maestro de ceremonias, pero me faltaban años para apreciar aún su grandeza. Por el contrario, *Cumbres borrascosas*, con sus excesos innombrables y sus personajes predestinados, se convirtió, sin duda, en un libro de cabecera.

Sería en 1994 cuando estudié en la Universidad de Deusto *Sentido y sensibilidad*, incluida en nuestra asignatura de Literatura del siglo XIX. Me cupo la suerte hasta entonces de no haber visto ninguna adaptación cinematográfica; me encontraba en uno de esos pocos hiatos de las versiones sobre las novelas de su autora: la libre adaptación de *Emma* titulada *Clueless* no llegó hasta 1995. La versión de *Sentido y sensibilidad* de Ang Lee y *Emma* de Thompson, un año más tarde. No conocería la serie de *Orgullo y prejuicio* con Colin Firth y Jennifer Ehle hasta 2001, aunque había sido grabada también en 1995. Eso consiguió que en mi imaginación los personajes se mantengan aún ahora como yo los imaginé, y no modelados por el rostro o la figura de un actor.

De nuevo, esa lectura más reposada y acompañada de Jane Austen me encantó; esa armonía que adivinaba en ella se me reveló, tras el análisis literario, como algo muy poco casual, como una combinación de la capacidad psicológica de la autora, su habilidad para la narración y una gracia muy especial, una mirada gamberra y al mismo tiempo delicada. Aún conservo, subrayada entre mis apuntes, la famosa respuesta que le dio al bibliotecario del regente cuando le sugirió, como antes o después alguien nos ha hecho a todos los autores que he conocido, el tema perfecto para su próxima novela:

Es usted muy muy amable con sus sugerencias respecto al tipo de textos con los que me recomienda continuar, pero [...] no podría sentarme a escribir una novela seria salvo que

fuera para salvar la vida [...] y, aun así, me temo que me ahorcarían antes de finalizar el primer capítulo. No, debo mantener mi propio estilo y continuar por mi propio camino. Y aunque puede que con ello no vuelva a tener éxito jamás, estoy segura de que fracasaría totalmente si hiciera cualquier otra cosa.*

Infinidad de veces he recordado esas frases, la única respuesta posible en un caso así: «Haré lo que me parezca. Es mi única libertad, la mantendré a cualquier precio».

Durante los años siguientes leí las obras restantes de Jane Austen, publiqué mis primeras novelas e impartí mis primeras clases de creación literaria, en muchos casos a alumnos mayores que yo a los que intentaba explicar, como aún ahora hago, la necesidad de conciliar las ideas y la estructura; y en todas ellas, antes o después, aparecía Jane, como asomaba también mencionada entre mis influencias más importantes. La sutilidad de planos de su lenguaje, la originalidad de diálogos y el estudio del comportamiento, la disección de todo un momento en la historia a través de unas cuantas pinceladas y la capacidad para, con ellas, describir emociones y sentimientos universales la convirtieron rápidamente en una de mis autoras preferidas.

Por lo tanto, a nadie le extrañará que comenzara a hablar con las que entonces eran mis editoras de ensayo, Ana Rosa Semprún y Miriam Galaz, sobre la posibilidad de escribir un libro en el que se aunaran algunas de mis pasiones: un largo

* Carta de Jane Austen al doctor Clarke, 1 de abril de 1816: *You are very, very kind in your hints as to the sort of Composition which might recommend me at present, [...] I could not sit seriously down to write a serious Romance under any other motive than to save my Life [...] Sure I should be hung before I had finished the first Chapter. No, I must keep to my own style & go on in my own Way; and though I may never succeed again in that, I am convinced that I should totally fail in any other. I remain my dear Sir, Your very much obliged and very sincere friend, J. A.*

viaje por Inglaterra y las huellas de Jane Austen y de las Brontë. Fui escuchada y animada con fervor. Estábamos de acuerdo en que, antes o después, la pasión austenita que comenzaba a aflorar en Estados Unidos e Inglaterra llegaría a España, y queríamos ser las primeras en unirnos. Planificamos, por lo tanto, un viaje por York y Hampshire, de casa en casa y de novela en novela, y lo llevé a cabo con todo esmero durante la primavera de 2001. Fue una experiencia muy peculiar, que me llevó de un lado a otro a pie y en transporte público —limitada a pisar caminos pavimentados, porque gran parte de los accesos se encontraban cerrados por las medidas contra la fiebre aftosa—, pero que me reportó dos impagables beneficios.

El primero fue que, mientras me encontraba sumida entre los horarios de los trenes británicos, apareció por azar en un internet aún rudimentario una página web proanorexia. Sobresaltada (yo misma había estado enferma con un trastorno de la conducta alimentaria, un TCA, durante mi adolescencia), tiré del hilo y les pedí permiso a mis editoras para posponer la aparición del ensayo literario para darle prioridad a *Cuando comer es un infierno*, un trabajo sobre los trastornos de la alimentación que me permitió involucrarme activamente en la lucha contra esos problemas. El libro tuvo su continuación años más tarde en *Quería volar, cuando comer era un infierno*, en la editorial Ariel.

El segundo fue que, durante los meses siguientes, conocí e investigué la vida de Jane como no había tenido ocasión de hacer. Leí, estudié y paseé, literalmente, por los mismos caminos que ella había seguido; traduje sus cartas, me pregunté cómo completar sus silencios y afronté de una manera completamente diferente a la de hasta entonces la relación entre autor y obra. Así como sabía casi de memoria todo lo referente a las Brontë, la Jane privada fue un descubrimiento, y el inicio de una relación que ha durado veinte años y que no da señales de cansancio.

El libro se publicó con el título de *Querida Jane, querida Charlotte*, y gozó de un éxito moderado. Se reeditó en varias ocasiones y apareció en bolsillo; sin embargo, tras el avasallador acierto de *Cuando comer es un infierno*, mentiría si no reconociera que me sentí decepcionada. Cualquiera que me conozca imaginará también que analicé minuciosamente cuáles podían ser las causas, y llevé a cabo una autocrítica exhaustiva y bastante inútil.

Puede, sencillamente, que el libro fuera malo. O que no se presentara en el momento correcto o que no acertáramos con la promoción. Sin embargo, con toda la objetividad de la que soy capaz, yo detecté dos errores: uno, en el que las editoras estuvieron de acuerdo, radicaba en que había aparecido demasiado pronto. El interés por Jane Austen detonaría mucho más tarde de lo que habíamos previsto; no coincidía tampoco (y eso sí que era complicado, ni hecho a propósito) con ningún aniversario de las Brontë, y apostamos por un tema que continuaba siendo minoritario.

Y dos: la propuesta del libro era un híbrido que muchos lectores no entendieron y que a algunos incluso les molestó: una mirada personal a esas autoras, mezclada con el desarrollo y las anécdotas del viaje, que incluían recuerdos personales. Hubo lectores que me reprocharon el que fuera una narradora tan invasiva. Otros disfrutaban con la parte literaria, pero les estorbaba el viaje. He de decir que no fueron muchos los que me lo dijeron, pero tuve muy en cuenta el efecto iceberg de toda crítica. Y sobre todo, me dejó completamente desconcertada, porque si algún mérito creía que ofrecía ese libro era precisamente aquello que me reprochaban.

En fin: otro éxito rotundo en ensayo, el de *Mileuristas*, secó mis lágrimas literarias y continué adelante, herido en silencio mi corazón austeniano, desgarrándose agónicas mis entrañas bronteanas. Y, sin embargo, comenzó a ocurrir algo fascinante: *Querida Jane, querida Charlotte* (en adelante QJQC) conti-

nuó vendiéndose. Poco a poco, pasó a ser un *media seller*, y de ahí a un *long seller*. Las ventas eran discretas, pero conocía ya para entonces lo bastante del mundo literario como para ver en esos indicios una agradecida excepción, y una señal de que quizás no nos hubiéramos equivocado tanto.

Varias revistas me pidieron que llevara a cabo para ellas el mismo viaje literario que describía. Después fueron otras empresas. La fiebre por Jane Austen llegó, sí, y resultó contagiosa y duradera. Adaptaciones, reediciones, recuerdos y objetos con las citas, la obra o incluso la efigie de Jane Austen se sucedieron en pocos años. El libro comenzó a ser difícil de encontrar, después muy difícil; al final, imposible. Si yo misma encontraba algún ejemplar, se lo notificaba a los lectores que me escribían y que esperaban conseguirlo para un regalo o porque lo habían perdido. La demanda aumentó precisamente cuando el libro se había agotado. Entonces (estoy segura de que disfrutarán con la ironía tanto como yo) me di cuenta de que los años habían convertido el principal escollo del libro en aquello que los lectores más valoraban: un viaje literario, una mirada subjetiva, un ensayo un poco diferente.

Comencé a organizar, después de darle vueltas a la fórmula más adecuada, viajes con lectores y curiosos que siguieran la ruta original de QJQC y a buscar variantes. Esos viajes se llevaban a cabo varias veces al año, conmigo como anfitriona, y los interesados encontrarán información sobre ellos en mi web. Fueron precisamente esas charlas peripatéticas por Bath y por Chawton, por Winchester y por la campiña, las que mejor modelaron y matizaron mi acercamiento a Jane Austen.

Jane nos ofrece una lectura tan asequible, tan cercana, tan abarcable incluso en número de obras y, al mismo tiempo, con tantos planos de lectura que la convierte en una autora perfecta para lectores expertos, pero también para aquellos que no lo son tanto. Despierta ecos conocidos en las mujeres, y permite que los hombres comprendan mejor el mundo

femenino. Narra su mundo, tan limitado, pero nos proyecta, amplificados, los huecos del nuestro. Agrada a quienes deseen una bonita historia de amor y a quienes quieran encontrar un mensaje de valor e independencia. Como todos los clásicos, Jane nos ofrece un espejo deslumbrante en el que reflejarnos nosotros y nuestra esencia, pero, a diferencia de otros autores, lo hace con tal habilidad que parece cotidiano.

Con el tiempo he descubierto que algunas de las preguntas que me hacen los viajeros sobre Jane Austen son muy sencillas, pero no tienen respuesta; por supuesto, me interrogan sobre el *marriage plot* (la *trama matrimonial* que atraviesa sus novelas y algunas de las de las Brontë; lean, si lo desean, la novela del mismo título de Jeffrey Eugenides: es una delicia) tan denostado por la crítica posestructuralista. Sin embargo, precisamente esa crítica y su deconstrucción son las que legitiman las infinitas posibilidades de lecturas del texto que compartían estos lectores. Les fascina el contexto histórico. Me preguntan sobre la relación entre la autora y su obra, por los matices y la ironía; me plantean que en algunos casos deben defender su lectura frente a otros autores considerados más trascendentes.

Pero muchas de las cuestiones que desean saber son otras: ¿le gustaban a Jane Austen los gatos? ¿Se enamoró de verdad alguna vez? ¿Sufrió mucho al morir? ¿Qué le preguntaría yo si tuviera la oportunidad de tomarme un té con ella? A menudo se rebelan contra la injusticia de una muerte temprana que nos privó de muchas otras novelas más. Se retuercen ante las explicaciones de su medio pasar económico, me muestran filias y fobias por su entorno (que aliento o desánimo, sin mucha sutileza, dicho sea para mi vergüenza). He visto cómo el rostro de algunas de ellas se iluminaba al llegar a su casa de Chawton o al encontrar una edición de un libro querido, las he visto tropezar por el Royal Crescent de Bath absortas en no perderse un solo detalle, y he presenciado el efecto transformador del encuentro con Jane Austen. Las he visto encajar piezas nuevas o en las

que no habían reparado, o descubrir una realidad más allá de las películas. Yo no hubiera conocido a Jane en la manera en la que lo hago sin esos viajeros, en la mayoría viajeras, lectoras.

A día de hoy solo puedo contarles que espero que sí, que le gustaran los gatos, porque la reina absoluta de su casa museo en Chawton es *Marmite*, una gataza blanca y negra, muy peculiar y de un descaro notable. Que seguro que se enamoró más de una vez, y que enamoró algunas. Que es posible que sí, que sufriera al morir, pero que lo hizo rodeada de amor y de afecto. Y que no haría preguntas durante un té con ella, solo la escucharía. Pero ni yo ni nadie tenemos la respuesta correcta o tajante a nada de eso.

De hecho, gran parte de lo que me puso sobre la pista de Jane Austen fue precisamente ese misterio irresoluble. Entonces creía que quizás podría arrojar alguna luz sobre ella. Ahora solo aspiro a seguir hablando de ella, a comprender un poco mejor, a través de lo que escribió, quién soy y qué me espera, cómo me comporto y cómo miro a mis semejantes. No a ella. La literatura raras veces habla de sus autores: habla de nosotros, sus lectores.

Durante estos últimos años prometí a muchos, y muchas veces, que reeditaría QJQC. Lo hice con la intención de que el siguiente otoño, la primavera próxima, fuera verdad. No hay nada más halagador para una escritora que el interés genuino, la demanda real e incluso urgente de sus lectores; el caso es que siempre se interponía algo: un proyecto o una nueva novela, una enfermedad o un nuevo viaje. Cuando por fin se dieron las condiciones para ello, ya no me bastaba una simple reedición. Hacía mucho tiempo que la jovencita que recorrió por primera vez Hampshire ya no era yo: veinte años, a poco que una se esfuerce, no pasan en balde. No solo conozco mejor a Jane Austen en la actualidad, sino que lo que deseo narrar de ella ahora es muy diferente. Este libro, por lo tanto, parte del original: pero tiene poco que ver con él.

Por otro lado, la bibliografía sobre ella y su obra ha aumentado tanto que nos ha enriquecido a todos los lectores con lecturas y visiones nuevas. Eso supone, no se me esconde, un arma de doble filo. Jane Austen es una de las autoras más populares del mundo, bien documentada y con una obra, como ya he dicho con anterioridad, relativamente escasa: seis novelas, más algunas obras inacabadas y su obra de juventud. A diferencia de otros autores, no se conserva su diario, y las ciento sesenta cartas de su autoría se encuentran exhaustivamente catalogadas y estudiadas.

Aunque cada cierto tiempo, en una maniobra digna de la Corporación que tan bien describe Fernando Marías en *Esta noche moriré*, aparece un nuevo fragmento de sus cartas, desde la primera edición que compiló su sobrino nieto (Edward Hugessen, lord Brabourne, hijo de Fanny Knight) en 1884, a la más completa de Deirdre Le Faye en 2011, ha habido suficiente tiempo como para diseccionarlas, analizarlas, interpretar sus dobles sentidos y (por supuesto) manipularlas.

Eso hace que todos los autores que deseemos escribir sobre Jane manejemos, con muy pocas diferencias, las mismas fuentes; o bien su obra original o bien las biografías de su familia, las primeras que se publicaron sobre ella. Con el tiempo, los sesgos que esos textos tenían, bien por la época, bien por la relación que esos parientes tenían con Jane Austen o entre sí, e incluso la implacable imagen pública que intentaron ofrecer, desde el primer momento, de la autora han sido también señalados; no siempre, y no de la misma manera.

Algunos autores han tirado por la senda del *fan-fic*, pero no soy amiga de la ficcionalización. Hay mucha, y casi toda es mala. Si ofrece cierta calidad, puedo convertirme en una lectora atenta, pero yo «no podría sentarme a escribir una novela así salvo que fuera para salvar la vida». Si ficción, ficción; si ensayo, ensayo. Pero, en ensayo, la posibilidad de narrar una y otra vez lo mismo, de repetir lo ya dicho e incluso de

perpetuar errores se encuentra ahí. En mi caso ha sido un freno importante: ¿cómo decir algo original? ¿Dónde encontramos algo inédito? Hay pocas cosas más frustrantes cuando se investiga sobre un tema que la euforia de haber dado con lo que creemos un dato o un enfoque nuevo, por estrenar, brillante en su diferencia, y encontrarlo desarrollado y resuelto con solvencia en las siguientes páginas del siguiente libro del siguiente experto. En fin, en esos casos solo queda admitir la maestría de los otros, citarlos, y continuar aprendiendo.

Aunque el lector curioso encontrará abundante bibliografía al final del libro, mis obras de referencia han sido cuatro, creo que todas ellas de una calidad excepcional; dos acumulan ya varias décadas: la biografía de Claire Tomalin, y la edición de las cartas completas de la ya mencionada Deirdre Le Faye. Dos son recientes: la obra *Jane Austen at Home*, de Lucy Worsley, y *The real Jane Austen*, de Paula Byrne. Con las cuatro he disfrutado muchísimo, y con las cuatro me he enfadado de igual manera. Lucy Worsley ha sido particularmente desesperante: en ocasiones parecía encontrarse dentro de mi cabeza o tener acceso a mi ordenador, pero con unos cuantos años de ventaja. Son brillantes; su visión de la autora, con sus matices, abre nuevas posibilidades y no hay por qué estar del todo de acuerdo con ellas para aceptar y disfrutar su talento.

Con toda la humildad, quisiera indicar que, aunque coincidamos en tantas cosas, existe una diferencia de matiz entre sus obras y la mía que puede interesar al lector: Tomalin es periodista y biógrafa; Le Faye, crítica literaria. Byrne, con su fascinante atención a la faceta teatral de Jane Austen, se ha enfocado también hacia la biografía (es, por cierto, la principal valedora del tercer retrato de Jane Austen). Y Worsley es historiadora. Escriben no ficción de manera magistral, pero, salvo algunas incursiones en literatura infantil de Worsley, ninguna de ellas ha cultivado de una manera determinante la ficción.

Quizás en eso pueda aportarle al lector algo diferente. No se trata de que como novelista se me revelen secretos que para los demás permanecen ocultos: el proceso creativo de cada autor no solo es diferente, sino, a veces, contradictorio. Pero quiero creer que las preguntas que les dirijo a los textos son otras, y que eso hace que dude de determinados datos o interpretaciones. Mi mayor placer durante las entrevistas consiste en desmitificar la imagen que el periodista pueda tener de mí. Con Jane actúo de una manera similar. El aura del escritor, de la escritora más amada y conocida de la época en este caso, deslumbra, ciega, se encuentra almohadillada de prejuicios y de suposiciones.

Puedo, por poner solo un ejemplo, contestar que creo que Jane no aplica la experiencia directa, sino la fabulación, durante extensos fragmentos de sus novelas y, aun así, las convierte en escenas creíbles. Y cuando aducen que debió de vivir una existencia secreta, intensa o mucho más compleja de lo que creemos, sé que los lectores se basan en la muy extendida convicción de que es necesario haber experimentado en carne propia aquello que se narra. Pero me permito negarlo, porque esa escritura en abstracto fue algo, es algo, que yo misma practiqué durante mi adolescencia. Jane creó para varias de sus obras más complejas e inolvidables esqueletos que se soldaron a una edad muy temprana, en la que por los datos que manejamos resulta imposible que hubiera vivido aquello que narra o que narrará.

Adam Grant, psicólogo estadounidense autor de *Originales*, la enclavaría entre los creadores conceptuales, es decir, aquellas mentes que tienden a la precocidad porque son capaces de encontrar soluciones a través de la imaginación, y no de la experiencia. Los conceptuales no necesitan una gran cantidad de datos ni de información para deducir una realidad. El gran problema es que tienden a copiarse a sí mismos, porque precisamente la experiencia juega en su contra. Esa

división entre *conceptual* y *experimental* no es pura: evoluciona, se entremezcla y refina, pero me parece esencial para romper con el tópico de lo autobiográfico como principal fuente de creación.

¿No vivió entonces aquello que cuenta? ¿Inventó las conversaciones con Darcy, no se sintió morir como Marianne? No lo sé. Nadie lo sabe. Pero si digo que «no le era necesario», que «creo que no», lo hago porque, desde la pequeñez de mi propio proceso creativo, sé qué es posible y qué no, intuyo qué podría hacer esa mente prodigiosa y qué atajos le resultarían más sencillos. Por supuesto, eso no siempre le gusta al lector: muchas veces, nuestra visión de Jane ya ha sido prefijada y anclada, y cualquier cosa que la contradiga o erosione provocará rechazo. No hay ningún problema en ello: no esperaba menos de los lectores de Jane Austen.

Jane Austen despierta un interés tan amplio y tan diverso que sus seguidores pueden clasificarse en varios grupos. Hay reyes y presidentes entre ellos, comenzando por el príncipe regente. A la reina Victoria le gustaba en particular *Orgullo y prejuicio*, y en su diario reseña las lecturas de sus obras. A ellos se unen personas de todas las nacionalidades, otros autores. Muchas pioneras del feminismo e infinidad de autoras la adoran. Otras tantas reniegan de ella. La tercera lápida que se conserva en su tumba en la catedral de Winchester fue erigida por suscripción popular en una fecha tan temprana como 1900.

Posee la extraña cualidad, que no todos los grandes autores comparten, de convertirse en propiedad del lector, en amiga del lector. Jane es «nuestra Jane», pero, si somos sinceros, es «mi Jane». Sus obras, su vida, sus frases se entremezclan con nuestros deseos, expectativas y vivencias. Hermann Hesse, en *El lobo estepario*, hace alusión a cómo a menudo nos separa más aquello que compartimos y amamos que las aficiones ajenas: la visión del Goethe que admiraba Harry Haller no podía

ser la misma que la que sostenía un amable matrimonio burgués, porque eso ofendía a ambos.* Algo así ocurre de manera constante entre los lectores de Jane Austen.

Por ejemplo, Natalie Tyler, profesora de la Universidad Estatal de Ohio, propone cuatro escuelas:**

- La escuela janeita: apasionados lectores de la autora que buscan en sus obras evasión, romance y un mundo mejor, mucho más atractivo que el real. E. M. Forster, autor de *Pasaje a la India* o *Regreso a Howards End*, se encontraría entre ellos («Soy un Jane-Austenita —escribía de sí mismo—. Un Jane-Austenita posee poco de la brillantez que le otorga a su ídolo. Como un feligrés fiel, en realidad ya casi no me doy cuenta de lo que dice mi iglesia»).
- La escuela de la Gentil Jane: creen que las novelas de Jane Austen poseen una carga moral que las convierte en una guía para convertirse en mejores seres humanos y conseguir una vida más digna y amable. Entre ellos se encuentra C. S. Lewis, autor de *Las crónicas de Narnia* o *El problema del dolor*, que decía: «Buen juicio, valor, satisfacción personal, fortaleza [...]. Esos son los conceptos por los cuales Jane Austen define el mundo».
- La escuela de la Jane Irónica: no niegan la importancia del amor ni de la capacidad didáctica de la autora, pero creen que su capacidad de diseccionar el mundo con una distancia crítica es mucho más relevante y, sobre todo, más divertida. Claire Tomalin, respetada biógrafa de la autora, aduce: «Su agudeza y su rechazo a soportar a la gente estúpida hacen que casi sientas miedo de meterte en medio, de malinterpretar o incluso de estar leyendo mal lo obvio».

* Hermann Hesse, *El lobo estepario*, Alianza, 2011, p. 29.

** Natalie Tyler, *The Friendly Jane Austen*, Viking Adult, 1999, p. 11.

- La escuela de la Jane Subversiva: ven en ella una feminista embrionaria, adelantada a su tiempo, que a través de la parodia muestra la rabia, la injusticia y los deseos de libertad de las mujeres. Jan Fergus, biógrafa y experta en Jane Austen, afirma: «Agudamente consciente de los escritos de otras mujeres y de la posición marginada que mantenían en sociedad, Jane comenzó escribiendo comedias que ofrecen una visión cómica del poder y las posibilidades de la mujer».

Sin negar la existencia de estas divisiones, creo que en el ámbito hispano deben proponerse otras. Por un lado, a diferencia de los países anglosajones, Jane Austen no se encuentra en el plan escolar de estudios, salvo en algunas asignaturas universitarias. La mayor parte de los lectores llegan a ella a través de la lectura voluntaria y casual de las novelas o gracias a sus adaptaciones audiovisuales. Ya he indicado que, hasta hace pocos años, la obra, y no digamos ya la vida de Jane Austen, no despertaba tanto interés ni gozaba de la enorme popularidad de la que disfruta en Estados Unidos o en Inglaterra.

Yo propondría, por lo tanto, una clasificación algo diferente. Por supuesto, no son divisiones puras y, como toda clasificación, resulta superficial, incompleta y parcial, pero quizás también reveladora. Hay que tener en cuenta que cada uno de estos grupos genera, a su vez, una corriente de rechazo asociada a lo que representan sus defensores.

- Quienes ven a Jane como autora de novela romántica: han descubierto sus hermosas historias de amor y las han visto en las últimas adaptaciones a series y películas. A veces no han leído las novelas, pero se encuentran familiarizadas con la trama. Conocen al dedillo los nombres de las protagonistas, sus galanes, y los actores que los interpretan. Disfrutan con la belleza de los detalles, la estética,

el optimismo y la ironía de las historias, y gozan con los finales felices. Distinguen la altura literaria de la autora de otras escritoras de novelas similares, pero, a pesar de ello (o precisamente por ello), devoran secuelas, precuelas y variantes que a veces caen abiertamente en lo rosa o lo pornográfico. Leen en clave autobiográfica las obras y confían en que Jane disfrutara de algunos de los amores que narra. Los detractores limitan a Jane Austen a una autora de tramas amorosas y de intrigas celestinescas, y consideran que es una autora menor, superficial y nociva. Esta visión bebe directamente de la lectura del XIX de las obras de Jane Austen, según la cual su contención apenas podía esconder la pasión de sus protagonistas, y el amor resulta el eje de todas las historias.

- Quienes ven a Jane como símbolo feminista: han leído algo de Jane Austen, pero sobre todo conocen su biografía y les maravillan el talento oculto y su capacidad para narrar historias con protagonistas ingeniosas y valientes. Al igual que otras artistas o figuras reivindicadas como símbolos (Frida Kahlo, Rosalía de Castro, Hipatia) importa menos su contexto que cómo interpretamos desde la actualidad su obra y sus acciones. Ven en Jane una rebelde y se centran sobre todo en las dificultades que tuvo que afrontar. También leen sus obras en clave autobiográfica, y apuntan lo transgresor de sus personajes, lo chispeante de los diálogos y la fuerza e independencia de (algunas) de sus protagonistas. Los detractores afirman que Jane fue una pequeñoburguesa con un horizonte reducido y nula rebeldía personal o literaria, y la consideran convencional y alienada.

Esta visión debe mucho a la reacción contra las primeras biografías de Jane, escritas por su familia, en las que se mostraba una autora por casualidad, solterona entregada a la familia, discreta y dócil.

- Quienes ven a Jane como autora: estudian la obra de la escritora por su mérito literario, la capacidad de reflejar una sociedad y de trascenderla, su modernidad y el cambio de paradigma que suponen sus novelas. No se plantean su mérito ni su importancia, firmemente anclada en el canon, aunque en ocasiones se cuestiona su relevancia y la analizan como una referencia con la que pueden comparar a otros autores o autoras de la época, y la temática y el tratamiento empleados. Lo biográfico pierde peso en este grupo y, aunque pueden disfrutar de las adaptaciones audiovisuales, no se tienen en cuenta más que como un baremo de la popularidad actual.

Sus detractores suelen enclavarla en una categoría menor y apuntan a la ausencia de temas esenciales en sus obras. Esta visión se beneficia de la temprana fama y estudio de las obras de Jane Austen, y de las valoraciones (o la atención prestada, sin más) que otros autores como Charlotte Brontë, Virginia Woolf o más recientemente Harold Bloom hicieron de ella y que la convierten en una de las pocas autoras presentes de forma constante en los estudios de la literatura universal.

En el presente ensayo el lector encontrará, como en el QJQC original, una visión «parcial, prejuiciosa e ignorante» de la autora. Aunque más amplia y más detallada que la anterior, infinidad de datos, de matices, de documentación que querría compartir han quedado fuera, por el propio enfoque del ensayo y porque amenazaba con prolongarse hasta el infinito. No oculto en qué casos mis emociones empañan o condicionan algunas de mis observaciones y me impiden tomarme al pie de la letra según qué fuentes. Los Austen de Steventon me parecen resentidos y con una incesante necesidad de atención; los Austen de Kent pecan de soberbia y de frialdad, a mi juicio. Nunca sabré todo lo que desearía sobre

la autora: de hecho, espero adquirir mayores conocimientos según pasen los años.

Mantengo un guiño al espíritu original del libro de viajes; sin ellos, qué poco hubiera entendido. Y la pasión por Jane Austen, el profundo respeto por su obra, la fascinación por su genio no han hecho sino aumentar. En la época de Jane bastaba con unas preguntas sobre qué estaban leyendo uno y otro para comprobar la afinidad de una pareja: en la actualidad, pocos placeres me parecen tan refinados como el de dar con un alma lectora afín, la unión invisible que generan las historias, el vínculo férreo que hilvanan unas páginas inolvidables. ☛